

Maratón

"Buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio." Italo Calvino. Las ciudades invisibles.

Hoy ha sido un bello día, templado, luminoso. Cumplí con un sueño largamente postergado, un sueño que me persigue desde hace rato. Llego agotado a casa después de disfrutar el mayor desafío que a esta altura de la vida me puedo permitir: recorrer los cuarenta y dos kilómetros de la maratón. Claro, creo que solo corrí los treinta metros iniciales y ya tenía la lengua afuera. El resto tranqui, parando de a ratos. No había otra, la cuestión era no morir en el intento. ¿Que cuánto tardé? Y...bastante. ¿Qué querés que te diga? Disputábamos el penúltimo lugar con otro, íbamos parejos pero se ve que el tipo, casi de mi edad, tenía un poco más de pilas. ¡Tendría que haber también un premio para el que llega último, pensaba yo cuando le veía la espalda cada vez más pequeña! ¿Le habrán dado el premio cola de perro a él? La cuestión es que llegué de noche y ya no quedaba nadie para verme cruzar la meta. ¡Hasta habían retirado todo: vallas, carteles, puestos de hidratación, parafernalia, todo! Lo único que quedaba eran botellas y desperdicios que ya habían empezado a levantar los barrenderos. Aunque lo cierto es que con mis años a cuestas, no puedo dejar de sentir orgullo. ¡Me duele todo, quedé hecho pelota pero lo logré! No sé si será un gran éxito, pero al menos tengo algo de qué jactarme. ¡Crucé la meta y eso es lo que importa! ¡Estoy muerto, pero feliz!

Llegué a casa con las piernas entumecidas, ducharme fue el mayor placer, apenas probé un bocado y me tiré en la cama. Las imágenes de los parques, las avenidas, los lagos, los monumentos, el río, el obelisco, la gente que nos miraba sorprendida y también la gente que nos

ignoraba; todas las calles y avenidas por las que anduve retornaron a mi mente. Se veían maravillosas las plazas con sus árboles de copas florecidas, los elegantes edificios antiguos junto a los fríos rascacielos que duplican el sol y hace poco no estaban. Me cuesta creer que en un solo día atravesé Belgrano, Palermo, Barrio Norte, Retiro, el Centro, San Telmo, Puerto Madero y la Boca, dando la vuelta justo por la Vuelta de Rocha y regresando casi por el mismo camino.

Recorro ahora la ciudad descansando mis pies, la atravieso volando, navegando el río, el Riachuelo o por debajo, sus túneles, alcantarillas y cloacas. El resultado de tantas perspectivas es maravilloso. Veo las callecitas, las plazas, los cruces de avenidas, los balcones de todas las épocas, los jardines y el cemento, toda la enorme ciudad desde un vuelo que sube y baja, pero que en el tramo final sigue caminando a medio metro del suelo, todo un vencedor de la gravedad. Bostezo varias veces, no logro pegar un ojo, permanece en mí cierta excitación acumulada durante la intensa jornada. Bueno, en realidad, no sé si estoy despierto o estoy soñando. La cuestión es que mi cabeza anda a mil por hora y me cuesta distinguir las imágenes reales de las otras, aunque no sé si a esta altura de mi vida importa tanto. Se me mezcla todo, pero me divierte el collage que tengo en la sesera. ¿Qué más puedo pedir?

Desvariant